



CENTENARIO DE LA DUQUESA DE MAQUEDA

Por FRAY M.^a DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

Monje de Oseira (Orense)

Con algún retraso vamos a dedicar un recuerdo especial a Doña M.^a del Socorro de Moscoso y Reinoso, Duquesa de Maqueda (=DM), ilustre dama de nobleza española, que pasó por la vida dejando ejemplos admirables de fidelidad en su doble estado de matrimonio y de vida consagrada, en la que ingresó al perder la compañía de su esposo. Fue mujer que supo hermanar perfectamente ambos estados de tal manera que lo mismo casados que religiosos todos podemos aprender de ella la manera de conducirnos en la vida como creyentes, allí donde el destino nos haya colocado.

Me agrada ir sacando a relucir en esta revista destinada a la nobleza personajes de alta alcurnia, con el fin exclusivo de demostrar cómo el haber nacido en el estado noble, no impide el que se puedan santificar sus miembros, practicando las virtudes heroicas exactamente lo mismo que aquellos nacidos en la clase media o humilde que se retiraron del mundo para vivir la vida consagrada en el retiro de un claustro. En los muchos años que llevo colaborando en HIDALGUÍA, he presentado semblanzas de Reyes: Alfonso VIII de Castilla, su hija doña Berenguela, esposa de Alfonso IX de León y Santa Teresa, Reina de León, y más tarde monja del Císter en Lorbvâo; varias princesas



que abrazaron la vida del Císter y se santificaron, entre ellas Sancha y Dulce, hijas de Alfonso IX y Santa Teresa de Portugal y algunas otras.

Sin embargo, no puedo dejar de mencionar también a doña Ana de Austria —hija natural de don Juan de Austria— religiosa agustina primero en Madrigal de las Altas Torres y luego excelente abadesa de las Huelgas de Burgos, de quien tanta tinta han gastado muchos escritores, suponiéndola enamorada del famoso pastelero de Madrigal. Ya demostré en algunos lugares que hay indicios claros —basados en un manuscrito de la época que transcribí— de que es completamente erróneo todo cuanto se viene diciendo sobre ella, ya que su vida, tal como la presenta, es tema apasionante para llevarlo al teatro o a la pantalla.

Quiero añadir que también de la DM —que voy a presentar aquí— me he ocupado varias veces en distintos trabajos, en razón de las obras para las que he realizado dichos trabajos, pero hoy quiero hacerlo exclusivamente en HIDALGUÍA, con objeto de conmemorar el centenario de su nacimiento y presentarla como ejemplo vivo de santidad que honra de veras a la clase noble española. Va a servir de conmemoración al primer centenario de su nacimiento, acaecido en 1999.

1. EL DUCADO DE MAQUEDA

Ofrezco breves noticias ambientales sobre él, lamentando no tener a mano la documentación necesaria para ofrecer más datos. Tuvo sus orígenes en 1529 ó 1530, al otorgar Carlos V el título de Grande del Reino a don Diego de Cárdenas, primer adelantado mayor del reino de Granada, a quien sucedió don Bernardino, que estuvo igualmente al servicio de Carlos V y de su hijo Felipe II, ostentando el título de virrey de Navarra y Valencia. Seguidamente recayó el título en 1661 en su hijo —del mismo nombre— quien tomó parte en la defensa de Messina, y fue virrey y capitán general de Cataluña. Después pasó la corona ducal a su hijo don Jorge, quien ostentó el car-



go de general de la armada del mar Océano, alcaide y capitán general Mazalquivir, Tremecén y Fez, muriendo sin sucesión en 1644.

Quedó al frente del Ducado su hermano don Jaime, al que siguió en sexto lugar don Francisco María de Montserrat Manrique de Cárdenas, que murió en 1656 sin dejar hijos, pasando el título a doña Teresa Antonia Manrique de Mendoza, sobrina del tercer Duque, que murió también sin dejar herederos. Entonces correspondió el título a su primo don Raimundo de Lancaster, que llegó a capitán general del mar Océano y falleció en 1665 sin dejar tampoco herederos directos, por cuyo motivo recayó el título en su hermana doña María Guadalupe, casada con el Duque de Arcos, de cuyo matrimonio nació don Joaquín Guadalupe Ponce de León, décimo Duque de Maqueda, quien ostentó el cargo de virrey de Valencia, muriendo en 1729. Su hijo don Joaquín Cayetano fue igualmente virrey de Valencia, pasando el título, a su muerte, a su hermano don Manuel, después a don Francisco y a don Antonio, sus hermanos.

En esta enumeración de ascendientes de los Duques de Maqueda, he omitido un nombre que por si solo ennoblece a la familia y a España entera, doña Teresa Enríquez, esposa de don Gutierre de Cárdenas, «el vástago más ilustre y la perla más preciosa que adornó con sus eximias virtudes la corona ducal de esta familia noble». Quizá algún día le dedique una atención especial, sacar a relucir las grandes obras realizadas en la Iglesia, su protagonismo al lado de la gran Isabel la Católica, y su piedad fuera de lo corriente, hasta merecer que un pontífice de su época —conocedor de sus obras y vida de piedad— la apellidara *La loca del Sacramento*, por haber sido su vida una continua adoración y alabanza a Jesucristo en la Eucaristía.

A fines del siglo XIX ostentaba el título de Duque de Maqueda don Francisco de Asís de Osorio y de Moscoso y Jordán de Urries, Marqués de Astorga, casado con doña Dolores Reinoso, de cuyo matrimonio, brotaría la protagonista de estas páginas, doña María del Socorro Osorio de Moscoso y Reinoso, nacida en Madrid el 30 de junio de 1899. Fue la mayor de cin-



co hermanos con los que Dios bendijo aquel matrimonio en el que se vivía una fe profunda.

Nada llamativo sucedió en la niñez de María del Socorro, a no ser la desgracia tremenda de haber perdido a la madre cuando sólo contaba cuatro años. El que más sufrió aquel golpe de la fortuna fue el padre, quien al quedar viudo a los veinticuatro años, contrajo nuevas nupcias con la gran suerte de que la nueva esposa que llevó a su hogar acogió con cariño materno las cinco criaturitas que encontró en él, caso poco corriente, por desgracia, debido a la mala prensa que suelen tener las madrastras. A María del Socorro, por su calidad de hija primogénita, le correspondería el título de Duquesa de Maqueda.

Tuvo varios hermanos: Soledad, Duquesa de Santángelo; a la que seguían tres varones: Gerardo, Conde de Altamira, Javier, Conde de Trastamara, y Ramón, Conde de Cabra. Todos fueron educados en el temor de Dios y en sólida piedad, y el mayor timbre de gloria con que se adorna hoy la Corona Ducal de los Maqueda, es contar tres flores rojas de martirio: los tres hermanos varones sucumbieron asesinados en octubre de 1936, al estallar el Movimiento Nacional, siendo apresados por los revolucionarios y fusilados por el único «delito» de ser caballeros católicos practicantes, como si el haber nacido en el seno de una familia noble constituyera un delito.

María recibió la formación religiosa y cultural en el colegio de las religiosas asuncionistas de Madrid, quienes lograron hacer de ella una mujer de grandes esperanzas y cimentada profundamente en la fe. Al terminar su carrera contrajo matrimonio con el distinguido abogado don Leopoldo Barón Torres, joven de bellas cualidades físicas y morales. La ceremonia se celebró el 15 de enero de 1917, echando los cimientos de un hogar cristiano corriente, bendecido por Dios al colocar en él cinco criaturas, el mejor regalo que puede hacer a quienes se unen en el estado santo del matrimonio. La mayor fue María de los Dolores —actual Duquesa de Maqueda y Marquesa del Águila—; siguieron Leopoldo, Duque de Sesa —fallecido en Méjico—, Pilar, Marquesa de Fuenclara; Fernando, Conde de



Cabra, y Blanca, Condesa de Trastámara, actual viuda de don Jaime Castellano, Marqués de Montemolín y Conde de Castellano.

Ambos consortes, si no fueron de vida interior intensa desde el primer momento de enlace matrimonial, tenían excelentes disposiciones para germinar en sus almas un cúmulo de virtudes que les haría destacar entre las familias más piadosas de su tiempo. Que conste que no trato de tributar alabanzas de mero cumplimiento, como es frecuente ponderar en personas sobre las cuales se escribe, exagerando muchas veces los actos corrientes, sino nuestras alabanzas están cimentadas en la realidad patente de hechos concretos que el lector podrá juzgar por sí mismo, a medida que vayamos avanzando en la semblanza. En ese sentido de ser realista diré que la vida que llevaron los primeros años de matrimonio fue idéntica a la de aquellos otros matrimonios que se contentan con cumplir estrictamente los deberes religiosos, sin nada que les hiciera destacar del común de ellos.

Pero a los pocos años de convivir juntos, su piedad corriente sufrió una honda transformación a raíz de unas conferencias cuaresmales que escucharon en Madrid del padre Alfonso Torres, S. I., cuya palabra de Dios les llegó tan al corazón, hasta decidir ambos cambiar de rumbo, entrando por un sendero estrecho de perfección evangélica que condicionaría sus vidas. Sobre ese cambio radical operado en el joven matrimonio, habla su hija doña Dolores, actual poseedora del Título, testigo excepcional: «De jóvenes hicieron una vida social algo mundana, mas al escuchar al padre Torres, en unas conferencias que dio en Madrid, sus palabras les llegaron hasta lo más profundo de sus corazones, recibiendo con ellas un verdadero mazazo, cambiando en el acto su modo de vida y de pensar, empezaron a confesarse con este Padre, efectuándose una verdadera conversión en ellos, cambiando, como digo, la tónica de vida de nuestra casa; tendría yo entonces unos ocho años».

«En realidad eran dos enamorados de Dios, todo lo que no fuese Dios para ellos no contaba, y los dos con un gran corazón; mi padre era muy irónico, con un humor finísimo y gra-



cioso, como toda la familia Barón, pues le venía de Andalucía; su simpatía era muy grande, con una facilidad literaria enorme; los dos muy dedicados a su familia y a la religión». En estas apreciaciones de la actual Duquesa de Maqueda no existe la menor exageración, porque se vio luego en el género de vida que entablaron ambos consortes, convirtiendo el hogar familiar en una escuela de espiritualidad donde se vivían los deberes religiosos con asiduidad profunda.

2. EJEMPLARIDAD

Personas que trataron a fondo a los Duques, refieren que era frecuente ver en aquellos tiempos a este matrimonio de elevada alcurnia, recorrer los barrios extremos de Madrid con un saco de arpillera al hombro, repartiendo comida y ropas a tantos necesitados, uniendo a su caridad la palabra ardiente de consuelo, de aliento, de agradecimiento a Dios, que era quien les enviaba aquellas limosnas a través de ellos. Tal proceder quizá hoy no despertara interés y se consideraría como algo normal, el manifestarse al exterior sin la menor ostentación de títulos de nobleza, pero en aquellos tiempos no era lo mismo: la posición social, los títulos de grandeza sólo se poseían para recibir honores y agasajos.

La Duquesa, por su parte —no sabemos si la acompañaba el Duque—, iba con frecuencia al Cottolengo, hacía parar el coche que la llevaba mucho antes de llegar a la puerta, y allí pedía le diesen los oficios más humildes y bajos —limpiar servicios, fregar, atender a enfermos repugnantes—, dedicándose a la tarea como si toda la vida la hubiera pasado practicando aquellos servicios de caridad casi heroica. En su propio hogar llevaba una vida sin ostentación, tanto que cierto día la visitó una de sus amigas íntimas, y la recibió con un chal sobre los hombros, que, de no conocerla bien, la podían haber tenido por la portera de la casa, porque daba la circunstancia de que la prenda no estaba muy nueva. Luego comentaba que la emocionó verla vestir con aquella sencillez y naturalidad, practi-



cando ya entonces de algún modo la pobreza evangélica, que no tardando abrazaría en todo su rigor.

Aquella piedad intensa que tuvo su punto de arranque en el momento de su conversión a Dios, por efecto de aquellas conferencias, fue madurando en los Duques con los años, hasta llegar a extremos de suspirar ambos cónyuges —por distintos caminos—, por el estado de perfecta consagración a Cristo en la vida religiosa. La actual DM refiere que siendo ella muy pequeña, al pasar por delante del convento de la Encarnación en Ávila, acompañando a su madre, la oyó decir estas palabras: «Mira, hija, yo moriré algún día ahí dentro», y apuntaba con el dedo. La niña entonces no podía sospechar lo que significaban aquellas palabras que resultaron proféticas.

Añade más: «También a mi padre le pasó algo por el estilo, tendría yo entonces dieciséis años, cuando fue a la Trapa para pasar unos días, y tanto se enamoró de ésta, que quiso ingresar en ella. Arregló en Madrid todos sus asuntos económicos, nombrando un administrador, y muy decidido se fue para ingresar en la Trapa, mas cuando llegó le dijo el Reverendo Padre Abad: *Hijo, no te admito, hasta que no tengas casados a todos tus hijos*». Tal pretensión descubre en el Duque unas ansias singulares de perfección que le dan derecho a ser considerado como verdadero monje del Císter, al menos en el deseo. Dios no permitió que pudiera serlo en realidad, pero no hay duda que se valió de él para que su sobrino Rafael —hoy beato Rafael— se pusiera en contacto con la Trapa, descubriera en ella desde el primer momento que estaba hecha a medida de su corazón, ingresara en ella y conquistara en poco tiempo honores de inmortalidad.

Al convencerse el Duque de que Dios no le quería de monje, continuó en su hogar entregado al cumplimiento de sus deberes y a una vida de piedad intensa, viviendo en el mundo sin ser del mundo, hasta que Dios se dignó cortar el hilo de su vida en plena juventud: «De mis padres —volvemos de nuevo a la actual DM — puedo decir que eran muy espirituales, con un gran amor a Dios. Para ellos su vida consistía en unirse a Dios



en todo». Así fueron transcurriendo los años hasta que un día, «después de comulgar mis padres juntos, al salir de la iglesia se separaron, y en la esquina de Jorge Juan con Velázquez, mi padre cayó muerto de repente; para mi madre aquello fue un golpe terrible, y al poco tiempo se decidió a ingresar en el Convento de la Encarnación de Ávila».

No sabemos si lo trataron ambos en la intimidad esa ansia de consagrarse a Dios, pero el Duque no lograría ingresar religioso en la realidad, pero si en el deseo; en cambio, la Duquesa —una vez que Dios dispuso de la vida de su marido— acudió presurosa a la llamada del Señor, ingresando en el monasterio de la Encarnación. Pero no adelantemos los sucesos.

En los días en que el matrimonio vivía entregado a obras de piedad intensa, y a ejercer la caridad en los suburbios madrileños, tuvo el Duque su primer contacto con el Císter, concretamente con la abadía de san Isidro de Dueñas, vulgarmente denominada la Trapa. No sabemos si esta visita a la Trapa la realizó antes o después de traducir del francés, una obra titulada *Del Campo de Batalla a la Trapa*, que había sido premiada por la Academia Francesa. Se trata de la vida de un antiguo capitán de Dragones del ejército francés, que en la guerra prusiana de 1870 se portó como un héroe, y luego dejó su brillante carrera militar para alistarse entre los hermanos legos o conversos del monasterio cisterciense de Chambarán, recibiendo el hábito monástico con el nombre de hermano Gabriel. Perseveró en su estado llevando una vida santa hasta que el Señor le llamó para sí en 1897.

Para esta biografía traducida por el Duque —la cual no ha perdido actualidad a pesar de los años—, encargó la portada a un joven de veinte años, sobrino suyo, el futuro hermano Rafael, quien poco más tarde trató de seguir los pasos del H.^o Gabriel y hasta le superó en celebridad, porque llegaría a conquistar el honor de los altares. Nos referimos al Beato Rafael Arnáiz Barón, sobrino de los Duques, sobre el cual nos extenderemos luego por haber mantenido un protagonismo excepcional con ambos esposos, en especial con la Duquesa doña María del Socorro.



No es nuestro propósito —ni tenemos datos suficientes para ello— meternos a enjuiciar los varios negocios emprendidos por el Duque en sus fincas en Toro, donde por lo general le fueron muy mal, por falta de oportunidad, de acierto en su desarrollo, o sencillamente porque Dios se complacía en que todo le saliera a la inversa, como le sucedió al patriarca Job, en sus primeros tiempos. Nos referimos a los tiempos de la desgraciada república en que la emprendió con furor no sólo contra la Iglesia con quema de iglesias, colegios y monasterios..., sino también contra la clase noble.

En las cartas de Rafael aparecen algunos pasajes en los cuales se reflejan parte de esos reveses de fortuna, ese constante fracaso en los negocios temporales que a nadie debe extrañar, porque está visto que Dios quería purificar a los Duques, y verles desprendidos totalmente de todas las cosas de la tierra. Quería que vivieran en el mundo sin ser del mundo, y eso llegarían a conseguirlo, a juzgar por el sesgo de vida que entablaron ambos, y continuaron después, cuando renació la paz sobre los campos de España, se normalizó la situación, y Dios se dio por satisfecho, bendiciendo con creces aquella primera aceptación de su voluntad en la prueba.

Veamos, por vía de muestra, lo que dice Rafael a su tía en julio de 1934: «No os pregunto por vuestros asuntos, porque ya sé que van mal... ¡Cuánto os quiere Jesús! Esto la mayor parte de la gente no lo ve, pero a mí no me pasa desapercibido y sois los de más suerte de la familia; parece una paradoja, ¿verdad? Pero vosotros también lo sabéis que es así, si algo habéis tenido alguna vez que merezca la pena, no ha sido ni vuestros títulos, ni vuestro dinero, ni nada de todo eso que tanto ambiciona el mundo...Cuánto os quiere Dios, tía María, eso no lo hace Jesús más que con sus escogidos, ya podéis estar contentos».

Nos interesa más centrar nuestra mirada en su comportamiento de los Duques en orden a santificar su vida con obras de auténtica piedad. Algunos recuerdos nos han transmitido quienes les trataron a fondo, en estos años de vida cristiana, de entrega a la crianza de sus hijos y a la santificación perso-



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

nal: «La caridad la practicaban hasta el fondo —escribe la priora de la Encarnación de Ávila—, dando y dándose ella a todos y a todo».

3. DOS ALMAS GEMELAS

Si el Duque ocupará siempre un puesto de honor en todas las biografías que se escriban del beato Rafael Arnáiz, el nombre de la Duquesa merecerá ser grabado con letras de oro, por cuanto mantuvo con su sobrino unas relaciones epistolares muy estrechas, medió entre ambos una intimidad espiritual comparable a la que existió entre muchos santos/as que hoy se hallan en los altares. Fueron dos almas gemelas que vivieron sumergidas en la misma espiritualidad y como hecho insólito, se ayudaron mutuamente como si uno fuera director espiritual del otro. Fueron dos almas que caminaban al unísono en la virtud, a pesar de la diferencia de edad —ella le llevaba doce años—, del grado de parentesco y del estado en que se hallaban ambos: ella en el matrimonio y él en la vida célibe. Era una persona de profunda espiritualidad, que congenió perfectamente con su sobrino Rafael, hasta el punto de ayudarse mutuamente en los caminos de Dios.

Cuando se hallaba ella en el mundo, y Rafael a su vez había tenido que salir la primera vez de la Trapa por enfermo, convinieron ambos en ayudarse mutuamente a través de una correspondencia epistolar continua, que en realidad duró sólo los últimos meses de 1935.

Cada tres o cuatro días, llegaba a Ávila una carta de Rafael, dirigida a su tía la DM, que vivía de ordinario en el número 4 de la Calle de San Juan de la Cruz, o bien en su finca de Pedrosillo. Se conservan unas veinte cartas seguidas, pero sólo las de Rafael, porque de ella, no conocemos ninguna. Mediaba un voto o promesa formal entre ambos de escribirse mutuamente cartas, y una vez recibidas y contestadas, se arrojaban a la papelera para que no quedara rastro de lo que se decían. Rafael fue fiel a cumplir el voto, pero su tía, por permisiones



divinas, las fue guardando todas. Gracias a esta astucia femenina impagable, hoy poseemos ese preciado tesoro de las cartas, cuyo contenido no sólo quema, sino que a veces abrasa a quienes se ponen en contacto con ellas.

Dichas cartas han estado inéditas muchos años. Las tenía bien guardadas la antigua DM en el convento de la Encarnación de Ávila, hasta que al fin de sus días, se han publicado todas en las *Obras completas del Beato Rafael*, y también en esta otra *Sólo Dios*, ambas editadas por Monte Carmelo. O sea, durante cerca de medio siglo fue Ávila el joyero que guardó tan preciadas perlas, hoy un verdadero tesoro. Extractamos brevísimos conceptos de las mismas para que el lector pueda juzgar de su contenido provechoso.

De la carta del 8 de noviembre de 1935, escribe Rafael a su tía: «Cómo me consuela saber que has llorado a los pies de la Virgen. ¿Verdad que Ella consuela? ¿Verdad que ahora la quieres más? Ya sé que no te olvidas de la Salve. Quién sabe si tus lágrimas me han conseguido... muchas cosas a mí... Te aseguro que de la Virgen lo espero todo, y nada me extrañaría... Quiérela mucho, nunca es bastante todo lo que hagamos por Ella... ¡Si vieras lo que nos quiere a los trapenses!

Me decías en tu carta, hablando de María, que habías estado a sus pies y que la Salve no se te olvidaba. Las dos cosas están muy bien..., pero es poco. Te tengo que reñir, perdóname, hemos quedado en que no soy yo tu sobrino, sino tu hermano; apoyándome en eso te diré que si en tus cartas hablaras más de la Virgen... te saldrían mejor. Mira, hermanilla, no tomes esto como una lección, pero cuando empecé a amar a María, me propuse no escribir nada a nadie, sin por lo menos mencionar una vez a la Virgen... Y he llegado a la costumbre de que siempre que escribo, primero me encomiendo a Ella, después siempre busco algún resquicio en las ideas, para hablar de Ella con cualquier motivo y, después cuando acabo, la doy las gracias por todo, especialmente por permitirme la osadía de..., bueno, tú me entiendes».

La vida de Rafael en la Trapa —fuera de los cuatro primeros meses en que disfrutó de salud y estaba en sainete perenne



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

en la Trapa— fue un auténtico calvario, por el sufrimiento físico y moral. Veamos cómo se las arreglaba para hallar la felicidad y la alegría en medio de sus penas. Su recurso constante es la Virgen. Escuchemos. «Cuando, agotado del día, me acostaba en la incómoda camarilla del monasterio, me acordaba de que aún me quería, y que me escuchaba en mi tribulación... Si vieras, es el único consuelo que he tenido en los casi dos años que he estado así... mi Virgen de la Trapa. Cuántas veces cuando nadie me veía, la hablaba de mis proyectos, de mis deseos...La hablaba de su Hijo Jesús... ¡Qué consuelo tan grande es tener a la Virgen!

Ahora que estarás muchos ratos sola, cuando nadie te oiga, le hablas a la Virgen de tus cosas... Ya verás cómo te escucha...Yo ¿sabes cuándo lo hago? Cuando voy conduciendo el automóvil y voy solo...Por caridad, no te rías, pero me tengo echadas las grandes parrafadas con la Señora; a mí me parece que me escucha».

Siempre he pensado que sería interesante conocer lo que Rafael decía a la Virgen en esas «parrafadas» de que él habla, cuando iba conduciendo el coche. ¡Locuras de los santos!

4. TODO LO DEJÓ POR CRISTO

La muerte inesperada del Duque —cuando estaba el matrimonio en lo mejor de su vida, todavía jóvenes y con los hijos comenzando a tomar estado— constituyó a primera vista una desgracia de familia, pero en los planes de Dios estaba el dejar libre a la Duquesa para realizar su decisión de los primeros tiempos. La llamada de Dios a la vida consagrada la traía en el alma desde sus primeros años de juventud. Recuerde el desahogo que tuvo con su hija mayor cuando era una niña, cuando al pasar por delante de la Encarnación le predijo que allí dentro moriría ella algún día. Es normal que la niña no entendiera el alcance de aquellas palabras, que parecía imposible pudieran realizarse, por haberlo pronosticado más de 25 años antes, cuando estaba unida en el matrimonio y con hijos pequeños.



Si la ilusión de su marido era ingresar en la Trapa, la Duquesa suspiraba por las Carmelitas de la Encarnación. Fue menester que sucediera esa desgracia terrible. Ya lo decíamos: Estando en Madrid, cierto día, al salir ambos esposos de la iglesia, donde habían oído la santa Misa y comulgado, se separaron ambos en la esquina de Jorge Juan con Velázquez, y a los pocos pasos el Duque cayó redondo de un ataque fulminante, en plena calle, quedando partido el corazón de la Duquesa, aunque en los planes de Dios estaba dispuesto que ella quedara libre para entregarse por completo al Señor. Era el mes de septiembre de 1952.

Una vez rotos los vínculos del matrimonio, y criados todos sus hijos, quedaba libre la Duquesa para realizar su sueño dorado, la entrega a Dios en la vida religiosa. Antes de dos años, cuando tenía solucionados todos sus asuntos, había acudido ya a las puertas de la Encarnación a pedir el ingreso. No sabemos por qué le tiraba tanto este convento. Tal vez el hecho de haber sido santificado por la estancia en él de santa Teresa, cuya presencia parece se siente palpitar aún dentro de aquellos muros sagrados.

En 1954 la comunidad era muy pequeña, y la mayor parte de las religiosas de una edad avanzada. A pesar de ello, no le abrieron fácilmente la puerta, por el contrario, le pusieron mil dificultades, porque al parecer tenían pocas esperanzas de que aquella vocación arraigase a sus 55 años y tras una vida de comodidad, siempre atendida por servidumbre. El contraste con la que proponía abrazar era demasiado fuerte, pero Dios está sobre todo, y cuando llama a un estado de vida, sin duda alguna proporciona las gracias suficientes para poder llevarla.

Si todos hemos hecho grandes renunciaciones para abrazar la vida religiosa, las que tuvo que hacer la señora Duquesa eran mucho mayores, no sólo tantos títulos de nobleza —creemos fue lo que menos le costó dejar— sino principalmente la compañía de sus hijos y demás seres queridos. La dificultad mayor la encontró, no obstante, en el ambiente de la comunidad, al no encontrar allí la espiritualidad que ella iba buscando. Se trataba de una comunidad pequeña, donde abundaba el ele-



mento mayor, y las observancias no debían ir tan bien como ella las conocía a través de lo que había leído en santa Teresa.

Tan dura fue la prueba, al verse en cierto modo defraudada, que al cabo de varios meses la visitó su hija mayor y se desahogó con ella, prorrumpiendo en estas expresiones: «Yo no soporto esto, creo que no podré llegar a pasar aquí ni dos años». Le dio a entender que aquello no era lo que ella iba buscando. Pero Dios permitió que al cabo de algún tiempo pasara por allí una santa religiosa, madre Maravillas —hoy en los altares— llevó consigo un grupo selecto de jóvenes, dio unas cuantas normas, las religiosas fueron dóciles en aceptar, y al poco tiempo la Encarnación había cambiado de aspecto: la Duquesa se hallará en lo sucesivo como pez en el agua. Haría el noviciado, profesaría y llegaría a morir santamente al cabo de veinticinco años, en octubre de 1980.

¿Consiguió la Duquesa lo que fue buscando a la Encarnación? Creo que sí. Tenemos un testimonio de suma garantía. La priora de la casa dio cuenta de su muerte, enviada a toda la Orden, y en ella encontramos este historial de la vida de la antigua DM que cada cual puede valorar como le plazca. Citaremos casi textualmente. Ingresó en la Encarnación el 27 de abril de 1954, «y sólo Dios pudo ver y valorar hasta el fondo el inmenso sacrificio que le pedía el tener que romper con el mundo y sobre todo tener que dejar a sus hijos a los que tan en el alma llevaba, y los ha llevado en su corazón hasta el último momento». Recibió el hábito religioso el 31 de octubre del mismo año, fiesta en aquellos tiempos de Cristo Rey, cambiando su nombre de pila por el de sor Clemencia de Transverberación. Hizo la profesión temporal el 1 de noviembre del año siguiente, y la solemne el mismo día de 1958.

Se comprende que una señora de tal alcurnia y en la madurez de sus cincuenta y cinco años, al renunciar todas las grandezas terrenas y atractivos humanos, lo hiciera por fines muy elevados. Su ideal fue siempre llegar a identificarse con Cristo en una vida de humildad y renunciamiento constante. ¿Consiguió lo que iba buscando? Creo que sí. Nada mejor que volver a tomar prestado el testimonio de quien vivió con ella, la cual



afirma que los veintiséis años que vistió el hábito religioso, «los pasó con toda sencillez y humildad, sin llamar la atención por nada, pero tratando amores con el Rey del Cielo en su interior y pidiendo por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo».

Fue útil a la comunidad en cuanto estuvo de su parte, ayudando en diversos oficios, hasta desempeñó algún tiempo el cargo de maestra de novicias, prueba palmaria de haber ajustado su vida a las exigencias impuestas por la vida religiosa. Pero quizá donde estuvo más tiempo fue al cuidado de las enfermas, cargo que estimaba de manera especial, por darle ocasión de practicar con asiduidad el gran precepto del amor fraterno. Era muy servicial, y acostumbraba, antes de acostarse, asomarse a las celdas de las enfermas por si necesitaban algún servicio.

Otro campo predilecto suyo —si se puede hablar así en un alma consagrada— fue la biblioteca y el archivo del monasterio, donde consumió muchas horas organizando libros y ordenando los documentos que yacían bastante descuidados hasta su llegada. Su alta cultura convenció a las religiosas del gran tesoro que para la casa constituía la documentación antigua, máxime de un convento tan popular como la Encarnación. Todo lo fue clasificando y ordenando debidamente. Gracias a su constante trabajo, les fue fácil luego montar un museo. Quienes la trataron están contestes en afirmar que «al acudir a la biblioteca a buscar algún libro, lo encontraban luego, pero a las religiosas les parece falta algo, su figura alegre, desempolvando y ordenando legajos».

Deseaba con ansia ayudar a la comunidad, allí donde fuera necesaria su persona. Mucho le debe la Encarnación, aun en el aspecto material. Cuando ella llegó al convento, se hallaba el edificio si no amenazando ruina, bastante necesitado de una restauración a fondo. Fue sor Clemencia la que anduvo los pasos para lograr se interesasen en su restauración diversos organismos del Estado. Cuando por razón de los años y achaques se vio impedida de ayudar a la comunidad en oficios importantes, procuraba ser útil de alguna manera a sus her-



FRAY M.^o DAMIÁN YÁÑEZ NEIRA

manas, ofreciéndose a pelar patatas en la cocina. Ellas para darle gusto, la instalaban en un rincón del local, con un cesto de patatas al lado, y poquito a poco las iba mondando, sintiéndose feliz de poder ayudar a la comunidad. Sin duda más de una vez se acordaba de los famosos nabos de su sobrino el H.^o Rafael, de aquel capítulo genial en que aparece en la Trapa «pelando aquellos bichos tan feos» y soportando una de las tentaciones más duras de su vida. Todas quedaban edificadas viéndola tan feliz con sus patatas «sabiendo lo que había sido en el mundo, aunque ella siempre fue sencillísima en todo sentido».

5. MARÍA EN EL FONDO

La antigua DM fue fiel a Cristo hasta el último aliento de su vida, como vamos a ver. Es más, nos atrevemos a decir que aquella íntima correspondencia que mantuvo con su sobrino Rafael cuando todavía vivía en el mundo, de que hablamos antes, la ayudó no poco para santificarse y hallar su cielo en la tierra.

Mientras tuvo fuerzas, acudía al coro en el tiempo libre, para desahogar su alma sedienta de Dios a los pies de la devota imagen de María de la Clemencia, cuyo nombre había adoptado al entrar religiosa. La devoción mariana fue siempre destacada en ella, al igual que lo fue en su sobrino Rafael, cuyas cartas debía encender en su alma ardores marianos que la llevaban a Cristo. Recordaba aquellos pasajes en que Rafael le decía antes de regresar a la Trapa: «Yo estoy muy contento porque veo que quieres a la Virgen. Qué buena es nuestra Madre querida...

Ánimo, adelante, con María: ¡si consiguiera yo que la amaras mucho, con qué consuelo tan inmenso me iría a la Trapa! Y cuando allí la tenga tan cerquita la diré: Virgen María, tú lo eres todo en mi vida monacal, te quiero mucho. Yo no soy nada, pero en el mundo dejo un alma que también está muy cerca de Ti. Mira, Señor, que también te quiero mucho y ella



sola no puede nada. Todo el amor que te tengo, Virgen María, no me lo traigo a la Trapa. He dejado un poquito en el mundo. Lo he dejado en un alma que lo necesita. Santísima Virgen María, ampáranos a los dos».

Sin duda éstos y otros conceptos del joven sobrino le sirvieron de acicate para encauzar su vida bajo el imperio de la dulce Madre que le sonreiría de continuo, viendo la buena voluntad con que había aceptado aquel estado penitente, cuando tan bien podía vivir en el mundo rodeada de comodidades, llevando vida piadosa. La Virgen le pagó con creces su generosa entrega. Así nos lo asegura madre Priora cómo la Santísima Virgen la amparó siempre de manera singular hasta el punto de acudir por ella a la hora de la muerte: «Ella, la Reina del Cielo, se la llevó como dormida en sus brazos de madre, en ese paso decisivo del tiempo a la eternidad».



INSTITUTO SALAZAR Y CASTRO
VICENTE DE CADENAS Y VICENT

CABALLEROS DE LA
ORDEN DE ALCANTARA QUE
EFECTUARON SUS PRUEBAS
DE INGRESO DURANTE
EL SIGLO XVIII



MADRID
Hidalgo
1881